

Kevin McCarthy

LOBOS DEL EDÉN
Una novela

Traducción de
Antonio Jiménez Morato

EDITA **A. Machado Libros**

Labradores, 5. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com • www.machadolibros.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

Título original: *Wolves of Eden*

Copyright © 2019 by Kevin McCarthy

© de la traducción: Antonio Jiménez Morato, 2021

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2021

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

IMPRESIÓN: Gómez Aparicio Grupo Gráfico

ISBN: 978-84-7774-898-4

DEPÓSITO LEGAL: M-30.790-2021

Impreso en España

Este es un libro de ficción histórica. Dejando a un lado a la gente real, los hechos y localizaciones ampliamente conocidos que aparecen en la narración, todos los nombres, personajes, lugares e incidentes son fruto de la imaginación del autor y son usados con intenciones ficcionales.

Cualquier parecido con hechos reales, espacios o personas son fruto de una completa coincidencia.

A mi padre,
Coronel Geoffrey McCarthy, Médico de las Fuerzas
Aéreas de los Estados Unidos, Retirado,

y

*A la memoria de los pueblos indígenas americanos, que
sufrieron y murieron defendiendo sus tierras nativas y la de
los soldados inmigrantes empobrecidos que sufrieron y
murieron como consecuencia de los esfuerzos de los
gobiernos de los Estados Unidos por arrebatar dichas tierras.*

Índice

I. Trabajo de sobra	11
II. Hacia poniente	93
III. Ciudad de leños	227
Nota histórica	355
Bibliografía	357
Agradecimientos	359

I

Trabajo de sobra

Algo me espanta cuando más tranquilo me creía.
Dejo los bosques silenciosos que he amado,
Ya no iré a caminar por las praderas,
No desnudaré mi cuerpo para abrazar a mi amante, el mar,
Ni tocaré con mi carne la tierra, como si fuera otra carne,
para renovarme.

Oh, ¿cómo es posible que la propia tierra no sienta asco?,
¿Cómo podéis estar vivos, brotes de primavera?,
¿Cómo puedes proporcionar salud tú, sangre de hierbas,
raíces, huertos, grano?
¿Acaso no te introducen de continuo cadáveres infectos?
¿Acaso no maltratan con muertos a todos los continentes?

Walt Whitman, «Este abono»

21 de diciembre de 1866
Fuerte Phil Kearny, Territorio Dakota

Hay una mirilla en la pesada puerta de madera. Mirando por ella, el oficial de caballería puede ver al prisionero durmiendo bajo una piel de búfalo sobre un tosco colchón relleno de paja, con la gorra del uniforme tan baja como le es posible para combatir el frío. El oficial intenta recordar el rostro del prisionero desde el pasado, de los días de la guerra.

Están en los meses más fríos del invierno y el oficial de caballería puede ver su propio aliento, así como el sucio suelo del calabozo del fuerte congelado bajo sus botas. En sus manos tiene el libro de contabilidad del intendente, que es una de las pertenencias del prisionero, y en él se registra su historia. El oficial no puede tener la certeza de que esa historia sea la verdad, pero siente que sí es de algún modo la verdad, que alberga una cepa de veracidad en ella.

En su informe, el prisionero ha escrito que el oficial y él se habían encontrado una vez anteriormente, pero hay muchas cosas de la guerra que el oficial ha olvidado, o que desea olvidar. La mayoría del tiempo la pasó borracho. Desde entonces ha estado ebrio y ahora lo sigue estando.

Una verdad. Hay tantas verdades como testigos que contemplan un hecho, piensa el oficial. Pero eso no importa. El asesinato no puede ser importante. Si lo fuera, quedaría poco por hacer en el mundo para hombres como él. Hombres como el prisionero que dormita tras esa puerta. Porque, si Dios nos ama y nos ha puesto aquí por algún motivo, entonces, ¿espera de veras que hagamos lo que mejor se nos da? No importa.

TESTAMENTO AUTÉNTICO Y CONFESIONES DE UN SOLDADO DEL
DECIMOCTAVO REGIMIENTO DE INFANTERÍA DEL EJÉRCITO
REGULAR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL FUERTE PHIL KEARNY
DEL DISTRITO DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS

18 de diciembre de 1866. Se va a querer morir de risa cuando le diga que fue el General quien me dio la idea de escribir un informe de mis días aquí, en el lejano y desolado Oeste. Lo de que haya sido un General es algo que le va a costar creer, pero es tan cierto como la existencia de Dios.

Me encontraba en el Fuerte Caldwell, en el Territorio de las Nebraskas, y allí trabajaba para la señora Carrington, y mientras embalaba las posesiones de la señora para transportarlas escuché al gran General William T. Sherman decirle en persona a la señora Carrington y las otras esposas de los oficiales que aventurarse tan lejos al Oeste con sus maridos al servicio del ejército y no registrar sus sentimientos y observaciones sería algo puramente criminal. «¡Un crimen contra los registros históricos!», dijo el General, y todas las damas estuvieron de acuerdo y le juraron con lealtad ciega que llevarían un inventario de las aventuras que les acontecieran.

Bueno, en realidad yo no parecía ser nada más que un buey cargando con cajas y estructuras de cama mientras las damas tomaban su café y sus pasteles con el adorado Tío Billy Sherman, pero aquel día me dije a mí mismo: «¿Por qué tú no, Michael?» ¿Por qué no llevar un registro de tus aventuras y trabajos? ¿Por qué no? Durante la Guerra compartiste el oficio de soldadesca con chicos que llevaban diarios, y que los adornaban con delicados dibujos hechos a mano y tarjetas de visita y cintas de todos los colores y tonos y recortes de los periódicos para llevar un registro de los hechos y las batallas en que habían combatido.

Recuerdo a un tipo que sencillamente anotaba las canciones que cantábamos y las historias que contábamos en el campamento porque no le gustaba pensar demasiado en el combate, pero todos aquellos chicos de algún modo dieron fe de una época de sus vidas en el que se vieron arrojados a las crepitantes llamas de la historia. ¿Y si ellos pudieron hacer aquello, por qué no podrías hacerlo tú

también, Michael? Me pregunté aquel día entre las cajas que cargaba para la señora Carrington y que parecía que fueran a arrancarme los brazos con su peso.

Porque aunque habitualmente son los generales y almirantes los que escriben sus memorias sobre las guerras que combatieron mientras que el marinero Jack o el soldado Bill muere por ellos, no hay ningún artículo en las Leyes de la guerra que diga que un vulgar combatiente como yo no pueda escribir su propio relato sobre qué aspecto tienen las llamas del fuego de la historia cuando se ven desde dentro.

Pero, ¿me lancé a escribir cuando le escuché al gran Sherman decir aquello? Por descontado no lo hice en mayor medida de lo que lo habría hecho durante la guerra. Jamás antes de este momento había escrito yo una sola cosa sobre mí o sobre mi hermano, pese a haber pensado mucho en ello aquel día en el Fuerte Caldwell de las Nebraskas. Es solo ahora cuando no tengo libertad alguna, pero sin embargo tengo el tiempo y la calma del calabozo, cuando puedo escribir sobre cómo mi hermano y yo terminamos en un lugar tan estrecho como en el que estamos con usted, Señor, respirando el uno en el pescuezo del otro como lo haría una bestia de cualquier tipo en el bosque.

Lo encuentro extraño y triste, pero lo haré de todos modos y será más o menos un registro, pero no un diario o una historia para que mis hijos se la lean a los suyos o para que yo la repase cuando esté viejo y canoso. No. La escribiré para usted, Señor. Porque aunque seguramente no recordará que nos encontramos una vez mi hermano, y yo, y usted y gracias a que lo encontramos nos salvó de un peligro cierto o incluso la muerte en un lugar llamado El redil del matadero en Chickamauga, en Tennessee. Estoy en deuda con usted, Señor. Estamos en deuda con usted, y es por eso que tendrá mi registro de hechos cuando otro hombre que nos hiciera colgar no lo tendría.

Pero no espere que esto sea una simple confesión de mi culpa, porque he aprendido que un hombre puede haber sido condenado por la ley por un motivo cualquiera y no sentir nada al respecto en su corazón mientras que la culpa puede reconcomerlo vivo incluso cuando sea por alguna razón de la que nada sabrá la ley o que acaso ni siquiera sea algo que la atañe.

Le digo, Señor, que las cosas pueden ser completamente diferentes de cómo las pueda recordar. O quizá las cosas son exactamente como imagina que fueron. No importa, porque mientras tenga el tiempo y el aceite de lámpara suficiente intentaré dejarle todo escrito. Como usted sabe, tenemos un proverbio, un *shanoockal*, como le decimos en la lengua originaria que compartimos, que dice, *Ni few dada scall gan udar*. No sé cómo escribirlo correctamente, pero en inglés significa que una historia contada por un hombre que no la conoce bien es algo que carece de valor. Por eso digo que usted pueda haber escuchado historias acerca de lo que pasó en el antro de Cantinero Kinney; todas no son más que despreciables, que no van más allá de estupideces y rumores y calumnias.

Pero yo sé que la historia merece ser contada. Acaso solo seamos yo mismo y mi hermano Tom los que la conozcamos completa. La mayoría de los demás ya no están en este mundo, Dios los tenga en su gloria. (A algunos de ellos, pero no a todos.)

Así que tendrá la verdad de los hechos, pero antes debo suplicarle, Señor, que perdone mi torpeza con la escritura, porque yo no soy un hombre instruido. Nuestro padre solo podía permitir a sus hijos que fueran al colegio cuando habían hecho su trabajo, y ya que solo he contado con los periódicos del Este y unos libros prestados por un maestro de escuela, así que debe tener paciencia conmigo.

¿Es extraño que sienta en lo más profundo de mi corazón que debería escribir esto en la lengua en la que apenas comenzaron a educarme, que es el *gwaylga* o gaélico? Siento que esté mal que no pueda hacerlo, pero el maestro no nos enseñó a escribir en ella y ni mi madre ni mi padre podían escribir nada en lengua alguna porque ellos no fueron jamás a clase. Y aunque el maestro irlandés era adorable y delicado para ser un extranjero en Tipperary, él siempre decía que le bastaba con lo que escuchaba en casa de aquella lengua ruda y que lo que debíamos aprender era el lenguaje de la Corona conquistadora si lo que queríamos era buscarnos la vida en este Mundo de hombres. Porque el gaélico está muy bien para las canciones y el hilado, pero el maestro nos advirtió en más de una ocasión que no sirve para nada en los juzgados o en los mercados. Cayó debido a la disentería en el año 46 o 47, y eso fue el final de la escuela para mí, pero me dio el suficiente inglés para escribir esto, o al menos así lo espero.